

Con los amigos, aparte de los juegos tradicionales: bolos, chusque, etc., estaba la honda. Se cruzaban apuestas. El lugar preferido era por las ermitas de Santa Ana y la Virgen de la Caridad, ya que por allí estaba la famosa *Cueva de los Moros*. Muchas veces la veleta de Santa Ana giraba sin aire que la empujase, con sólo una certera pedrada salida de la honda de Nicolasillo.

Los ganados trashumantes habían perdido mucha de su pujanza. La Mesta había quedado reducida cuando las lanas de España no salían hacia Inglaterra ni a Holanda con la misma intensidad que siglos atrás. Pero, de vez en cuando, cruzaba por Villarrobledo algún ganado que otro por la vereda de San Cristóbal, que aún hoy se conserva. Nicolasillo se aproximó a uno de aquellos ganados que acampó en esa vega, como una querencia innata, y empezó de charla con los pastores. De pronto, uno le dijo:

—*Necesitamos un muchacho para el ganado, ¿quieres ser tú?*

Le faltó tiempo para llegar a su casa y comunicar la novedad a sus padres. La madre, a regañadientes, aceptó; el padre fue acompañado de Nicolasillo para ver las condiciones.

—*Volvemos dentro de unos meses. La ropa y comida es por nuestra cuenta, el ajuste del jornal lo fijamos en las dos terceras partes de un pastor. ¿Le parece bien?*

Aceptó el padre y advirtió a los pastores que Nicolasillo era un dechado con la honda. La maneja como nadie.

A la mañana siguiente, con los primeros rayos del Sol en el horizonte, el ganado emprendió su lento caminar. Nicolasillo se vio sorprendido por la presencia de un perro que a su lado saltaba jubiloso.

—*Es Sultán* —le dijeron—. *Pronto te ha tomado cariño.*

Días interminables. Noches donde apenas se podía conciliar el sueño después de haber agrupado el ganado. Nicolasillo y Sultán eran inseparables. El perro iba pendiente de la más mínima indicación de Nicolasillo para complacerle. Su honda bien pronto tomó fama entre los pastores.

Al llegar a una altiplanicie, próxima a un monte, decidieron pernoctar en ese lugar. Algún pastor advirtió que el sitio era peligroso, por los lobos, lo había oído de otros pastores trashumantes. Pero la noche se vino encima y no hubo más remedio que situarse de la mejor manera posible y resguardar bien el ganado de las acometidas de las fieras. Se encendieron más hogueras que de costumbre y se hizo acopio de leña para avivarlas si fuera preciso. Los pastores, arrebujados en sus mantas y con sus gruesos garrotes prestos a la defensa, buscaron escondrijos para no ser ellos las primeras víctimas. Nicolasillo y Sultán fueron colocados detrás de una pared natural que formaba un declive en el terreno. No había pasado una hora cuando el ganado empezó a inquietarse y los perros dejaban oír sus secos ladridos en me-

dio de la oscuridad. Las hogueras fueron rápidamente avivadas y en los límites del monte se veían multitud de ojos centelleantes que, amenazadoramente, miraban el grueso del ganado.

Nicolasillo sintió mucho miedo. Sultán, trataba de meterse entre las piernas de éste.

—*Vaya defensa que tengo contigo* —le increpaba al perro.

En el zurrón llevaba su honda. Piedras tampoco faltaban. Era un bautismo de hombría o, al menos, así lo creía nuestro héroe.

La manada de lobos se dividió en tres partes, trataban de provocar la estampida.

—*¡Cuidado* —gritaban—, *los lobos atacan por diversos sitios!*

Los pastores sujetaron a los perros para que éstos mantuviesen la uniformidad del ganado. Los asnos, cargados en el centro de éste, parecían vigías prestos a dar las novedades que aconteciesen. Un pastor tuvo la feliz idea de traer más cerca del ganado el fuego, replegando éste hacia donde estaba Nicolasillo, dejando fuera del espacio una oveja que, necesariamente, había que sacrificar por haber contraído una enfermedad que todos desconocían. Los lobos cayeron sobre el animal y, disputándose la presa, se internaron en el bosque.

—*¿Has sentido miedo, Nicolasillo?*

—*El primer momento, sí. Después me dediqué a tirar con la honda piedras hacia los ojos que veía aparecer por el bosque.*

A la mañana siguiente, los pastores vieron con asombro que dos lobos permanecían con el cráneo hundido.

---

Corría el año 1836. Nicolasillo había cumplido catorce años. Seguía con su afición a la caza con honda. Estando en las afueras de la población, muy cerca de la misma, a lo lejos vio un tropel enorme que se dirigía a Villarrobledo: Cientos, acaso miles, de hombres. Con la celeridad que le permitieron sus piernas, que era bastante, llegó a las primeras casas gritando:

—*¡Que llegan, que vienen!*

Entre gritos y aspavientos se pudo conocer que era un ejército. La población que había sufrido lo suyo anteriormente, se puso en pie de guerra. En primer lugar, había que habilitar de nuevo la *Cueva de las Doncellas*. La alarma general fue dada en medio de un griterío ensordecedor. Los vecinos en las calles pedían que las jóvenes saliesen de sus casas para ser ocultadas. Las mujeres empezaban a guardar cuanto hubiese de valor. Otros vecinos confirmaron lo dicho por Nicolasillo:

—*Es un ejército.*

Después de una hora larga de que los vigías lo anunciaran empezaron a entrar las primeras avanzadillas del ejército carlista. El bullicio de hacía unos minutos quedó ahogado en un silen-